

sibles por parte del comodoro inglés, convenian mucho á Desaix, quien solo queria ganar tiempo; pues estaban tan mal calculadas por Kléber, que su exageracion hacia imposible todo acomodamiento. Pero Kléber procuraba hallar en su misma extension una disculpa á su falta. Proponia primero por ejemplo, que el ejército, retirándose con los honores de la guerra, y con armas y bagages, pudiese trasladarse al punto del continente que eligiese, con objeto de proporcionar á la República el auxilio de su presencia, alli donde pudiese considerarla mas útil. Pedia que la Puerta nos restituyese inmediatamente las islas venecianas, que habian pertenecido á Francia desde el tratado de Campo-Formio, y eran Corfou, Zante, Cefalonia y otras, que entonces estaban ocupadas por guarniciones turco-rusas; que estas islas, y sobre todo la de Malta que era la mas importante de todas, volviesen á ser de Francia; que se les garantizase su posesion por los mismos firmantes del tratado de evacuacion; que al retirarse el ejército francés pudiese reforzar y abastecer de víveres y recursos á las guarniciones, y en fin, que el tratado, que ligaba á la Puerta, la Rusia y la Inglaterra, fuese anulado en el acto, y disuelta la triple alianza de Oriente.

Estas condiciones, forzoso es decirlo, no eran razonables; y no por que fuesen una indemnizacion desmesurada de lo que se perdia abandonando á Egipto, sino por que eran de todo punto irrealizables. Así lo dio á conocer Desaix á Kléber. Unos oficiales, tratando de una mera suspension de hostilidades, no podian abarcar en sus negociaciones objetos de tanta magnitud. Estando Zante,

Cefalonia y Corfou ocupadas por tropas turcas y rusas, era menester acudir no solo á Constantinopla sino tambien á San Petersburgo. Malta dependia de la soberania del rey de Nápoles, y no podia disponerse de ella sin el consentimiento de este príncipe, que se habia negado siempre á cederla á Francia. Desembarcar en aquel momento tropas francesas en la isla, era por decirlo así resolver la cuestion. Ni los cruceros ni las guarniciones que habia allí de las potencias coligadas, se habian de retirar por una orden de sir Sidney Smith, ó del gran visir. Por otra parte jamás consentiria la Inglaterra en una condicion que aseguraba la isla de Malta á la Francia. Desembarcar el ejército francés en un punto del continente, donde pudiese cambiar las combinaciones de la guerra por su aparicion inesperada era un atrevimiento que no podia permitirse un simple comodoro, comandante de una estacion naval. Finalmente anular el tratado de la triple alianza era pedir á sir Sidney Smith que por sí solo rompiese á bordo un tratado ratificado por tres grandes potencias, y que habia dado al Oriente una gran importancia. Y aun suponiendo que todas estas estipulaciones fuesen aceptadas por las cortes cuyo consentimiento era necesario, era menester consultar á Nápoles, á Londres, á San Petersburgo y á Constantinopla; y desde luego dejaba de ser esto un convenio militar de evacuacion, como el que se firmó en Marenco para ejecutarse al instante. Si se remitia á Londres para su aprobacion era menester hacer lo mismo á Paris, lo cual no queria Kléber. Todo esto escedia evidentemente de los términos de una capitulacion militar.

No fué difícil á sir Sidney Smith convencer de estas razones á los negociadores franceses; pero era urgente, sin embargo, resolver sobre dos puntos; primero, sobre la marcha de los heridos y de los sabios agregados á la expedicion para quienes pedia Desaix salvo conducto; y segundo, sobre una suspension de hostilidades, por que el ejército del gran visir, aunque marchaba lentamente, muy pronto habia de encontrarse en presencia del ejército francés. Habia llegado efectivamente delante del fuerte de El-Arisch, primer puesto francés en las fronteras de Siria al cual habia intimado la rendicion. Kléber sabedor de esta circunstancia, escribió á Desaix previniéndole que exigiese como condicion indispensable para aquellas negociaciones que el ejército turco se detuviese en la frontera.

El primer punto, es decir, la marcha de los heridos y de los sabios dependia de sir Sidney Smith, quien dió su consentimiento para ello con la mayor cortesia y eficacia. En cuanto al armisticio, sir Sidney Smith declaró que lo pediria; pero que no dependia de él su consecucion por que el ejército turco se componia de hordas fanáticas y barbaras, y era muy difícil ajustar con él tratados regulares, y sobre todo asegurar su cumplimiento. Para allanar esta dificultad, pensó trasladarse al campo del visir que estaba en las cercanias de Gazah. Hacia ya en efecto quinze dias que andaban los negociadores en tratos á bordo del *Tigre*, navegando á merced del viento entre las aguas de Egipto y Siria; y se habian dicho todo cuanto podian decirse, de modo que ya no podian continuar la negociacion con algun

provecho no siendo con el gran visir en persona. Propuso, pues, sir Sidney Smith verificar él mismo esta entrevista, acordar una suspension de hostilidades; y preparar la llegada de los negociadores franceses, siempre que pudiera prometerse de que serian respetados. Aceptada esta proposicion, el mismo sir Siduey, aprovechando un momento favorable, se embarcó en una lancha y saltó en la costa no sin haber corrido algun peligro, dando cita al comandante del *Tigre* para el puente de Jaffa, donde debian desembarcar Pousielgue y Desaix, si se señalaba el campamento del gran visir para lugar donde hubiesen de celebrarse las conferencias.

En el momento en que llegó á verse con el visir el comodoro inglés, acababa de pasar en El-Arisch un suceso horroroso. El ejército turco, compuesto en su menor parte de genizaros, y en su mayor de esas milicias asiáticas, á las cuales las leyes musulmanas ponen á disposicion del Sultan, presentando el todo el aspecto de una turba confusa é indisciplinada, formidable por demás á todos cuantos vestian trage europeo. Habiase formado este ejército al nombre del profeta, diciéndose á los turcos que aquel era el último esfuerzo que habia que hacer para arrojar de Egipto á los infieles, á quienes habia desamparado el temible *Sultan de fuego* Bonaparte, dejándolos estenuados de fatiga y faltos de aliento, y que con presentarse delante de ellos sobraba para vencerlos; que todo Egipto estaba pronto á alzarse contra su dominacion; y estas otras cosas repetidas á cada momento y donde quiera, habian traído á setenta ú ochenta mil musulmanes fanaticos en torno del

visir. Con estos turcos se habian juntado los melucos. Ibraim-Bey, retirado á Siria ya habia algun tiempo, y Murad-Bey, que dando un largo rodeo habia bajado desde las cataratas á las cercanias de Suez, estaban convertidos en auxiliares de los que habian sido sus competidores. Los ingleses habian hecho para aquel ejército una especie de artilleria de campaña tirada por mulas. Los árabes beduinos instigados por la esperanza de cebarse en los vencidos, saqueándolos muy en breve, sin cuidarse de quienes habian de ser los robados, habian puesto á disposicion del visir quince mil camellos para ayudarle á atravesar el desierto que separa la Palestina del Egipto. El generalísimo turco tenia en su estado mayor semi-bárbaro, algunos oficiales ingleses y muchos de esos culpables emigrados que habian enseñado al bajá Djezzar el arte de defender á San Juan de Acre. Ahora veremos el horrible atentado de que fueron causa los tales miserables tráfugas.

El fuerte de El-Arisch delante del cual se hallaban en aquel momento los turcos, era, segun habia dicho el general Bonaparte, una de las dos llaves del Egipto, siendo la otra Alejandría. Segun él, las tropas que viniesen por el mar, no podian desembarcar en gran número, sino en las playas de Alejandría, y las que viniesen por tierra y tuviesen que atravesar el desierto de Siria, se verian obligadas á pasar por El-Arisch á fin de apagar la sed en los pozos que hay en aquel sitio. Por lo mismo habia mandado hacer grandes trabajos de fortificacion en el recinto de Alejandría, y puesto el fuerte de El-Arisch en estado de defensa. Guarnecia este último un destaca-

mento de trescientos hombres bien provistos de viveres y municiones, y mandado por un valiente oficial que se llamaba Cazals. Habiéndose adelantado la vanguardia turca hasta El-Arisch, el coronel Douglas, oficial inglés al servicio de la Turquía, intimó la rendicion al gobernador Cazals. Fué portador de la intimacion un emigrado francés disfrazado. Entabláronse las negociaciones, y corriendo entre los soldados la voz de que estaba á punto de resolverse la evacuacion de Egipto, la cual muy pronto seria inevitable, siendo por lo mismo una crueldad querer obligarlos á pelear sin fruto. Entonces entablaron los culpables pensamientos que habian fomentado en el ejército sus mismos gefes. Los soldados de la guarnicion de El-Arisch, llenos como todos sus compañeros, de ansioso deseo de salir de Egipto, manifestaron al gobernador que no querian combatir, y que era necesario tratar de rendirse. Indignado el valeroso Cazals los convocó y los habló en el lenguaje mas noble, diciéndoles que si habia entre ellos algunos cobardes, podian separarse de la guarnicion é irse al campamento de los turcos, seguros de que para hacerlo les daria libertad completa: quedándose él en el fuerte hasta morir con los franceses que permanecieran fieles á su deber. Estas palabras despertaron por un momento en el corazon de los soldados el sentimiento del honor. Fué rechazada la intimacion y empezó el ataque del fuerte. Los turcos no eran capaces de tomar una posicion que se defendiese algun tanto. Las baterias del fuerte apagaron todos sus fuegos; sin embargo, dirigidos por oficiales ingleses y por emigrados habian logrado lle-

var sus trincheras hasta el ángulo saliente de un baluarte. El comandante de la plaza dispuso que saliesen algunos granaderos con objeto de arrojar á los turcos de la primera trinchera. El capitán Ferray encargado de dirigir esta operacion fué seguido por tres granaderos únicamente, y, viéndose abandonado se volvió al fuerte. En este tiempo los descontentos de la plaza se rebelaron y derribaron la bandera nacional, pero un sargento de granaderos la volvió á levantar. Por consecuencia de esto se trabó una riña durante la cual los miserables que querían rendirse, echaron cuerdas á algunos turcos, y estos feroces enemigos, una vez introducidos en el fuerte, cayeron sable en mano sobre los desgraciados que les habian facilitado la entrada, y asesinaron á gran parte de ellos. Los demas vueltos de su error se reunieron al resto de la guarnicion, se defendieron como desesperados, y fueron degollados en su mayor parte. Algunos, aunque muy pocos, obtubieron una capitulacion; gracias al coronel Douglas, y debieron la vida á la intervencion de este oficial.

De esta manera cayó el fuerte de El-Arisch, siendo su catástrofe la primera consecuencia del lastimoso estado de los ánimos del ejército, y el primer fruto que los gefes recogian de sus propias faltas.

Era el 30 de diciembre (9 de nivoso) y la carta escrita por sir Sidney Smith al gran visir con objeto de proponerle una suspension de hostilidades no habia podido llegar á tiempo de evitar el triste acontecimiento de El-Arisch. Sir Sidney tenia generosos sentimientos, y aquella bárbara

matanza de una guarnicion francesa no solamente le indignó, sino que le hizo ademas temer el rompimiento de las negociaciones. Apreseróse pues á dar disposiciones á Kléber así en nombre suyo, como en el del gran visir, añadiendo la seguridad formal de que cesaria toda hostilidad durante las negociaciones.

Al aspecto de aquellas hordas, que mas se parecian á una emigracion de pueblos bárbaros que á un ejército que venia á dar batalla y que por la tarde peleaban entre sí mismos por viveres ó por agua, sir Sidney Smith conceibió ciertos temores respecto á los parlamentarios franceses. Exigió por tanto que las tiendas destinadas á recibirlos se colocasen en el cuartel mismo del gran visir y del reis-effendi que estaban con el ejército, y que una guardia compuesta de tropas escogidas fuese destinada á las cercanías de estas tiendas; y por último hizo levantar las suyas mismas en un lugar inmediato, rodeándolas de un destacamento de marinos ingleses con objeto de asegurarse á sí mismo de cualquier accidente, así como á los oficiales franceses que iban bajo su palabra. Tomadas estas precauciones envió á buscar á Jaffa, á los señores Poussielgue y Desaix para traerlos al lugar de las conferencias.

Al saber Kléber la matanza de El-Arisch, no esperiméntó toda la indignacion que deberia haber sentido, pues conoció que si daba grandes muestras de su enojo podian romperse las negociaciones. Lo que hizo fué reclamar con mas calor todavia la suspension de las hostilidades; y ya fuese por precaucion ó por estar mas próximo al lugar de las conferencias, abandonó el Cairo y

trasladó su cuartel general á Salahich, en la frontera misma del desierto y á dos jornadas de El-Arisch.

Entretanto Desaix y Poussielgue contrariados por los vientos no habian podido desembarcar en Gazach hasta el 11 de enero (21 de nivoso) ni llegar á El-Arisch hasta el 13. Las conferencias comenzaron desde su llegada, y Desaix indignado estuvo á punto de romper las negociaciones. Aquellos turcos ignorantes y bárbaros, interpretando á su manera la conducta de los franceses, veian en su predisposicion á tratar, no un deseo desmedido de volver á Francia, sino el miedo de entrar en combate. Por eso exigian que el ejército se rindiese como prisionero de guerra. Desaix quiso desde aquel momento mismo poner término á toda clase de conferencia: pero interviniendo sir Sidney, aplacó algun tanto á ambas partes y les propuso honrosas condiciones si es que podia haberlas tales para una resolucion semejante. No era ya posible comenzar, presentando las primeras condiciones de Kléber, el cual lo habia conocido así por las cartas que se le habian escrito desde el navio *Tigre*, y no hablaba ya ni de las islas venecianas, ni de Malta, ni de abastecer aquellos puntos. Sin embarao, para dar alguna importancia á la capitulacion, insistia aun en que la Puerta se retirase de la triple alianza. Esta condicion rigorosamente hablando podia negociarse en El-Arisch, pues que se estaba al alcance del gran visir y de reiss-effendi; pero no se podia exigir al negociador inglés, cuya intervencion era de todo punto indispensable. Por consiguiente se prescindió de esta condicion co-

mo de las demas. Todo no era mas que un vano artificio que Kléber y sus consejeros empleaban para disimular á su propia vista la indignidad de su conducta.

Muy pronto comenzó á tratarse simple y llanamente de la evacuacion y de sus condiciones. Despues de largos debates se convino en que cesaria toda clase de hostilidad durante tres meses, que estos tres meses se emplearian por el visir en reunir en los puntos de Roseta, de Aboukir y de Alejandria los buques necesarios para el transporte de nuestro ejército, y por el general Kléber en evacuar el alto Nilo, el Cairo y las provincias comarcanas, y en concentrar sus tropas en los puntos de embarque; que los franceses saldrian con armas y bagajes, es decir con los honores de la guerra: que se llevarian las municiones que necesitasen, y dejarian las demás, que, contando desde el dia en que se firmase el tratado, cesarian de imponer contribuciones, y dejarian á la Puerta la cobranza de las que quedasen adeudadas; pero que en cambio el ejército francés percibiria tres mil holsas, que equivalian entonces á tres millones de francos, y representaban la suma necesaria para sus gastos durante la evacuacion y la travesia. Los fuertes de Katieh, Salahich, y Belbeis de que se componia la frontera de Egipto por la parte del desierto de Siria, debian ser devueltos diez dias despues de la ratificacion, y el Cairo á los cuarenta. Convino tambien en que la ratificacion habria de darse en el término de ocho dias por el general Kléber exclusivamente sin acudir al gobierno francés. Y últimamente sir Sidney Smith se obligaba en su pro-

pio nombre y en el del ministro ruso á proveer de pasaportes al ejército, para que pudiese atravesar por los cruceros ingleses.

Los comisionados franceses cometieron un grave error en punto á fórmulas. La firma de sir Sidney Smith era indispensable, pues sin ella el mar quedaba interceptado. Por consiguiente debian haber exigido á sir Sidney Smith que firmase el tratado ya que habia sido su negociador. De esta manera se habria aclarado el misterio que ocultaba sus poderes. Se habria visto que el comodoro inglés que habia tenido en otra ocasion facultades para tratar con la Puerta, no las tenia ya desde el momento en que lord Elgin habia llegado de embajador á Constantinopla, y que en lugar de tener instruccion alguna especial para el caso presente, solamente tenia motivos poderosos para esperar la aprobacion de su conducta en Londres. Poco enterados de los usos diplomáticos los plenipotenciarios franceses, creyeron que sir Sidney Smith tenia facultad para dar pasaportes pues que los ofrecia, y que semejantes pasaportes no podian menos de ser válidos.

Habiéndose acabado de formular el proyecto de convenio, no quedaba mas que firmarle. El noble corazón de Desaix se indignaba del acto que se le obligaba á ejecutar. Antes de poner su nombre al pie de aquel documento envió á su ayudante de campo Savary al cuartel general de Salahich donde estaba Kléber, para comunicarle el proyecto del tratado, y declararle que no le firmaria sino despues de haber recibido para ello orden formal suya. Savary partió, se dirigió á Salahich y desempeñó la comision que se le habia

encargado para con Kléber. Este, que tenia como una idea confusa de su falta, quiso para justificarla reunir un consejo de guerra á que fuesen llamados todos los generales del ejército.

Reunióse este consejo el 21 de enero de 1800 (1.º de pluvioso del año VIII). El acta de este proceso verbal existe todavia, y es sumamente doloroso ver que hombres valientes, los cuales habian vertido su sangre y que iban á verterla todavia por su patria, acumulasen mezquinas falsedades para justificar una flaqueza indigna. Sirva este ejemplo de leccion á los militares, quienes deben tener presente que no basta sufrir con serenidad el fuego de los combates, y que el valor de arrostrar las balas y las granadas es la menor de las virtudes impuestas á su noble profesion. Hizose valer en el consejo de guerra la noticia sabida entonces en Egipto, de que la grande escuadra franco-española, habia pasado del Mediterraneo al Oceano, de donde deducian que era imposible ya recibir recurso alguno de Francia; y como prueba de esto se hizo presente que habian pasado cinco meses despues de la marcha del general Bonaparte, durante los cuales no les habia llegado comunicacion alguna. Hizose un argumento del desaliento que existia en el ejército, y que ellos mismos habian contribuido á producir; se refirió lo que acababa de suceder en Roseta y en Alejandria, cuyas guarniciones se habian portado como la de El-Arich, amenazando sublevarse sino se las llevaban inmediatamente á Europa; y se supuso que el ejército disponible habia quedado reducido á diez y ocho mil hombres. Se exageró desmesuradamente la fuerza del ejército

turco; hablóse de una supuesta expedición rusa que iba á reunirse con la del gran visir, expedición que únicamente existía en la imaginación acalorada de los que querían abandonar á toda costa á Egipto; establecióse como muy positiva la imposibilidad de resistir, asercion que debia ser pronto desmentida de una manera heróica por los mismos que la hacían valer; y últimamente para cumplir de alguna manera las instrucciones del general Bonaparte, se habló de algunos casos de peste muy dudosos y completamente ignorados en el ejército.

Sin embargo, á pesar de todo cuanto se había espuesto, los partidarios de la evacuación estaban lejos de conformarse con las instrucciones del general Bonaparte, el cual había establecido por condiciones para empezar á tratar: Primera, que no hubiese llegado orden ni socorro alguno en la primavera de 1800; segunda, que la peste se hubiese llevado mil quinientos hombres sin contar las pérdidas de la guerra; tercera, que fuese tan grande el peligro que hiciese imposible toda clase de resistencia; y aun en el caso de que llegaran á realizarse estas circunstancias, había prevenido que se tratase de ganar tiempo alargando las negociaciones y que no se admitiese la evacuación sino con la cláusula de ser ratificada por la Francia; pero entonces no era mas que el mes de enero del año de 1800; no había peste ni peligro alguno inminente de ningún género; y se trataba de convenir en una evacuación inmediata sin recurrir á la Francia.

Un hombre que demostró en la guerra algo mas que valor, esto es, carácter, y fué el gene-

ral Davout, después mariscal y príncipe de Eckmühl, se atrevió solo á resistir resolución tan vituperable y sin temer entrar en contestaciones con Kleber que ejercía sobre todos su gran ascendiente, impugnó con energía el proyecto de capitulación. Pero nadie le hizo caso, y por una lastimosa condescendencia, consintió en firmar la resolución del consejo de guerra, permitiendo que constase en el acta que había sido adoptada por unanimidad.

Davout no obstante llamó aparte á Savary, y le encargó que dijese á Desaix que si quería romper el tratado encontraría apoyo en el ejército. Savary volvió al campamento de El-Arisch y enteró á Desaix de cuanto había pasado y de lo que tenía que decirle de parte de Davout. Pero Desaix leyendo al pie del acuerdo del consejo el nombre de Davout, respondió con viveza á Savary;—¿De quién quereis pues que me fie yo, cuando el mismo que desaprueba el tratado no se atreve á poner de acuerdo su firma con su opinión? ¡quieran que yo desobedezca, y no hay quien tenga valor para sostener hasta el fin el parecer que una vez ha propuesto!—Desaix, con el mayor pesar, pero contemplando y cediendo al torrente que á todos arrastraba, puso su firma el 28 de enero en aquel malhadado convenio, célebre después bajo el título de convenio de El-Arisch (8 de pluvioso). Después de terminado este asunto se empezó á sentir toda su gravedad. Habiendo vuelto Desaix al campo se espresaba con dolor, y no disimulaba la profunda tristeza que le abrumaba por haber sido elegido para encargo semejante, y obligado á desempeñarle por orden del general en jefe.

Davout, Menou y algunos otros se desahogaban en amargas censuras, y la mas profunda division, reinaba en el campo de Salahich.

Sin embargo, se iban haciendo los preparativos de marcha; y la mayor parte del ejército mostraba grande alegría por dejar aquellas lejanas tierras y volver pronto á ver Francia. Sir Sidney Smith se habia vuelto á bordo de su escuadra. El visir se iba aproximando y tomando posesion una por una, de las posiciones atrincheradas de Katieh, Salahich, y Belbeis, que Kléber apresurándose á ejecutar el tratado, le entregaba fielmente. Kléber se dirigió al Cairo para arreglar sus preparativos de marcha, mandando venir á las tropas que cubrian el alto Egipto, concentrando su ejército y dirigiéndolo en seguida á Roseta y Alejandria en la época convenida para su embarque.

Mientras estos acontecimientos pasaban en Egipto, consecuencias funestas de un sentimiento que los gefes del ejército habian fomentado en vez de combatir, ocurrian en Europa otros, los cuales eran consecuencias necesarias de las mismas. Las cartas y comunicaciones oficiales remitidas por duplicado habian llegado como hemos visto al mismo tiempo á París y Lóndres, El oficio en que se acusaba al general Bonaparte, y que iba dirigido al Directorio, habia sido puesto en propia mano del general Bonaparte que era ya el gefe del gobierno. Indignáronle tanta debilidad y falsedades tales; pero conociendo lo necesario que era Kléber en el ejército, apreciando las grandes cualidades de este general, y no creyendo que hubiese llegado el desaliento hasta el

punto de decidir la evacuacion de Egipto, disimuló los agravios que se le hacian y se apresuró á enviar instrucciones dándoles aviso de los grandes socorros que estaba preparando.

El gobierno británico por su parte, teniendo en su poder las comunicaciones duplicadas de Kléber y multitud de cartas escritas por nuestros oficiales á sus familias, las publicó todas, con el fin de hacer patente á la Europa la situacion de los franceses en Egipto, y de indisponer entre sí á los generales Kléber y á Bonaparte. Era esto un cálculo natural en una potencia enemiga. El gabinete inglés al mismo tiempo tenia aviso de las proposiciones hechas por Kléber al gran visir y á sir Sidney Smith, y creyendo que el ejército francés se encontraba reducido al último extremo, se dió prisa á espedir la orden formal de no concederle capitulacion alguna, á no ser que se entregase prisionero de guerra. Mr. Dundas empleó tambien en la tribuna del parlamento espresiones odiosas con el mismo objeto.—Es menester, decia hacer un escarmiento en ese ejército que ha querido invadir en plena paz los estados de nuestros aliados; el interés del género humano exige que sea destruido.

Este lenguaje era bárbaro y pintaba muy bien la violencia de las pasiones que abrigaba entonces el corazon de ambas naciones. Habia tomado al pie de la letra el gabinete inglés las exageraciones de Kléber y de nuestros oficiales, y considerando á los franceses reducidos á sufrir todas las condiciones que se les quisiesen imponer, y sin preveer lo que realmente pasaba, cometió la ligereza de dar á lord Keith, que mandaba en



gefe en el Mediterráneo, orden absoluta de no firmar capitulación alguna sin la condicion espresa de tener prisionero al ejército francés.

Esta orden salió de Londres el 17 de diciembre; llegó á manos del almirante Keith en la isla de Menorca á primeros de febrero de 1800, y el 8 de este mismo mes, el almirante se apresuró á comunicar á sir Sidney Smith las instrucciones que acababa de recibir de su gobierno. En aquella estacion especialmente era menester algun tiempo para atravesar el Mediterráneo y por consiguiente las comunicaciones de lord Keith no llegaron á poder de sir Sidney Smith hasta el 20 de febrero. Sir Sidney Smith sintió en extremo aquella determinacion, porque habia obrado sin instrucciones precisas de su gobierno, contando con la aprobacion de su conducta; y se hallaba ademas en un grave compromiso con los franceses, quienes podian acusarle de doblez y perfidia. Por otra parte bastante enterado del verdadero estado de las cosas, sabia muy bien que jamás consentiria Kleber en entregarse prisionero de guerra, y veia sumamente espuesto el convenio de El-Arich que tan habilmente se habia conseguido en un momento de debilidad de su contrario. Por tanto escribió inmediatamente á Kleber, manifestándole su sentimiento, enterándole francamente de lo que sucedia, escitándole á que al momento suspendiese la entrega de las plazas egipcias al gran visir, y rogándole que esperase nuevas órdenes de la Inglaterra, antes de tomar ninguna resolucion definitiva.

Por desgracia cuando llegaron al Cairo estos avisos de sir Sidney Smith, ya el ejército francés

habia ejecutado en parte el convenio de El-Arisch. Habianse entregado á los turcos todas las posiciones de la orilla derecha del Nilo. Katieh, Salahich, Belbeis y algunas posiciones del Delta, especialmente la ciudad de Damietta, y el fuerte de Lesbeh. Las tropas estaban ya en marcha para Alejandria con las municiones y bagajes. La division del alto Egipto habia entregado el alto Nilo á los turcos y se iba ya replegando al Cairo, para reunirse junto al mar con el resto del ejército; Desaix aprovechando la orden que habia recibido de volver á Francia, y no queriendo tomar parte en los pormenores de aquella vergonzosa retirada, habia marchado con Davout, quien por su parte no podia ya permanecer al lado de Kléber. Este olvidando sus desavenencias con Davout, habia intentado detenerle ofreciéndole el grado de general de division, que podia conferirle como gobernador de Egipto. Davout no habia admitido, alegando que no queria que su ascenso llevase la fecha de un acontecimiento tan lamentable. Pero mientras que Davout y Desaix se embarcaban, Mr. de Latour-Maubourg que acababa de llegar de Francia con despachos del primer consul, los encontró en la playa, y les refirió la revolucion del 18 de brumario, y el advenimiento del general Bonaparte al poder supremo. De esta manera y en el momento mismo en que acababa Kleber de desprenderse de las posiciones fortificadas, llegaban á su conocimiento la desaprobacion del convenio de El-Arich, y la noticia no menos grave para él del establecimiento del gobierno consular.

Pero era ya demasiada debilidad la que se

exigia de un gran caracter; una deshonrosa oferta iba á hacer volver en sí á Kleber convirtiéndole en lo que realmente era, un héroe. Era ya preciso ó rendirse prisionero ó defenderse en una posicion mucho peor que aquella que el consejo de guerra de Salahich habia declarado insostenible; era menester ó sufrir la deshonra ó aceptar una lucha desesperada; y Kléber no titubeó un punto, pues como pronto veremos, apesar de hallarse en una situacion mucho mas apurada, supo hacer entonces lo que habia juzgado imposible algunos dias antes, dándose de esta manera á sí propio el mas noble mentis. Revocó inmediatamente todas las órdenes que acababa de espedir al ejército. Hizo venir del bajo Egipto hasta el Cairo parte de las tropas que habian ya bajado el Nilo, hizo volver atras sus municiones; dió prisa á la division del alto Egipto para que se le uniera, é intimó al gran visir que se detuviese en su marcha hácia el Cairo amenazándole sino lo hacia con empezar inmediatamente las hostilidades. El gran visir le contestó que el tratado de El-Arisch que estaba ya firmado debia ejecutarse, y que en su consecuencia llegaria avanzando sobre la capital. En aquel instante llegó al cuartel general un oficial procedente de Menorca y portador de una carta de lord Keith á Kléber. Entre otras expresiones contenia esta carta las siguientes: «he recibido de S. M. Británica las órdenes mas terminantes para no admitir capitulacion alguna con el ejército de vuestro mando, escepto el caso en que entregando las armas se rinda prisionero de guerra, y abandone todos los buques que existen en el puerto de Alejandria.»

Kléber indignado mandó incluir en la orden del ejército la carta de lord Keith, añadiéndole estas sencillas palabras.

*¡Soldados! á semejantes insolencias no se responde mas que con victorias; preparaos á combatir.*

Este noble lenguaje resonó en los corazones de todos. La situacion sin embargo habia cambiado bastante desde el 28 de enero en que se firmó el convenio de El-Arisch. Entonces teniamos todas las posiciones fortificadas de Egipto; dominábamos á los egipcios que estaban sumisos y tranquilos; el visir se hallaba al otro lado del desierto. Hoy por el contrario, se habian entregado las plazas mas importantes; no ocupábamos mas que la llanura; todas las poblaciones estaban alarmadas y el pueblo del Cairo, animado con la presencia del gran visir, que estaba á cinco horas de camino, solo esperaba la primera señal para revelarse. El cuadro lúgubre, bosquejado en el consejo de guerra donde se debatió el convenio de El-Arisch, este cuadro falso entonces, era á la sazón completamente exacto. El ejército francés iba á dar batalla en la llanura que costea el Nilo, teniendo enfrente al visir con ochenta mil hombres y á su retaguardia treinta mil habitantes del Cairo prontos á levantarse: y el ejército no tenia miedo alguno. ¡Gloriosa reparacion de una gravísima falta!

Los agentes de sir Sidney Smith habian acudido para interponerse entre los franceses y los turcos, y repetirles nuevas palabras de avenencia. Alegaban ellos que se acababa de escribir á Londres y que apenas conociesen el convenio de El-Arisch, seria indudablemente ratificado; en esta